

caro tenemos valor para mirar á Cristo á los pies de Judas, ó clavado en una cruz, estando nuestro corazon lleno de orgullo y perpetuamente carcomido de una ambicion desmesurada? No hay fortuna que nos contente, no hay empleo que no nos parezca bajo en habiendo otro mas alto. Por humilde que sea el nacimiento, por abatido que sea el estado, por limitados que sean los talentos, por imaginario que sea nuestro figurado mérito, no hay forma de curar esta hinchazon. Postrámonos muchas veces al día á los pies del Crucifijo; considéranse con tranquilidad las ruinas de esos suntuosos edificios; contéplanse las reliquias tristes de esos abultados colosos; miranse con reflexion las cenizas de tantos reyes, mezcladas y confundidas en la sepultura con las de los hombres mas viles; y ni por eso dejamos de ser orgullosos. Es verdad que si el ejemplo de un Dios humillado hace tan poca impresion en los que se dicen discípulos suyos, ¿qué cosa será capaz de hacernos humildes? Pero si no lo somos con todos estos ejemplos, ni con todos estos modelos, ¿seremos retratos muy parecidos al divino original? Estás atestado de vanidad, amasado en orgullo, lleno de propia estimacion, y te glorias de ser discípulo de este celestial Maestro? ¡y aun acaso te lisonjearás tambien de ser devoto! (*Matth. 32.*) *Cujus est imago hæc, et superscriptio ejus?* nos dirán algun día; ¿de quién es este retrato y este rótulo? ¿á qué original se parece?

Confúndeme, Señor, mi orgullo, y todo lo temo á vista de mi vanidad. Pero, ¡ó gran Dios de la humildad! pues veniste al mundo á darnos tan bellas lecciones y tan grandes ejemplos de esta virtud, dignate asistirme con tu gracia, para que me aproveche de los unos y de los otros. Vos me dijisteis que erais por excelencia manso y humilde de corazon; haced, Señor, que sea yo copia viva de tan perfecto modelo, y que de tal manera traslade en mí todos sus rasgos, que solo con verme se pueda conocer que soy vuestro discípulo verdadero.

JACULATORIAS. — Dije al polvo, á los gusanos, y á la podredumbre: vosotros sois mi padre, mi madre, y mis hermanos. (*Job 17.*)

¿Qué es el hombre, Señor, para que te acuerdes de él, ni aun te dignes de mirarle? (*Psal. 8.*)

PROPOSITOS.

1 Es cosa bien estraña, que tratando todos con tanto desprecio al orgullo y á los orgullosos, sin embargo haya tan pocos

humildes. No puedes tolerar en los otros aquellos modales arrogantes y altaneros, aquel tono imperioso y dominante, aquellos hombres que continuamente se están incensando á sí mismos; y no conoces los defectos que todo el mundo está notando en tí en esta misma materia. Aplícate á corregirlos; no ya con una displicencia interior, ó con una resolucion ineficaz como hasta aquí, sino con una enmienda real y efectiva. Nunca pongas los ojos en algun Crucifijo, sin considerar las reprensiones que te está dando con su ejemplo. Pregúntate muchas veces á tí mismo si te pareces á aquella imágen, pues al fin es tu modelo; y acuérdate que en la hora de la muerte la han de poner delante de los ojos para que consideres si eres semejante á ella.

2 Desde hoy mismo has de dar principio á corregir esos modales altivos y coléricos, que te hacen insufrible y odioso á todos los demás, y que á tí mismo te parecen tan mal en los otros. Sea tu modo apacible, cortesano, afable, grato; la dureza, la inflexibilidad y la aspereza siempre es hija del orgullo. No seas delicado en puntillos de honor, ni mucho menos en afectar precedencias; si fueres virtuoso y respetable, cualquiera lugar que ocupes será el mas digno, porque tú mismo le autorizarás. Sé cortés con todo el mundo. Cuanto mas te eleve sobre los otros tu nacimiento, tu clase y tu ancianidad, mas digno te acreditarás de ser respetado, si á todos los honras y los llenas de atenciones. La grosería y la rusticidad son propias de gente ordinaria y de entendimientos vulgares. Honra mucho á los pobres y háblalos siempre con respeto, acordándote de que en su persona honras al mismo Jesucristo. A tus criados trátalos con agrado y con dulzura; el modo áspero y desabrido es señal de corazon duro y soberbio. Si hoy te consideras superior á ellos, en la hora de la muerte se mudará la escena. ¡Cuántos criados se salvarán, y sus amos serán eternamente condenados!

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

LA VIGILIA DEL APÓSTOL SANTIAGO.

SANTA CRISTINA, virgen y mártir, en Tiro de Toscana junto al lago de Volsena; la cual creyendo en Jesucristo hizo pedazos y distribuyó á los pobres los idolos de oro y plata que tenia su padre, quien ciego de ira la mandó azotar y atormentar con diferentes, atroces é inauditos tormentos, hasta echarla en un rio atada á una gran piedra, de donde un ángel la sacó sin lesion. Sucedió á su padre otro juez, el cual la ator-

mentó con mayor fiereza, y finalmente el presidente Juliano la hizo meter en un horno ardiendo, donde estuvo cinco dias sin recibir daño alguno; luego la mandó arrojar una serpiente, de que tambien la libró Dios; finalmente le cortaron la lengua, y la asatearon, y de esta suerte alcanzó la palma del martirio. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN VICENTE, mártir, en Roma, en la via Tiburtina.

EL MARTIRIO DE OCHENTA Y TRES SANTOS SOLDADOS MÁRTIRES, en San Victorino en el Abruzzo.

SAN VICTOR, oficial militar, en Mérida en España; el cual con sus dos hermanos ESTERCAO y ANTIHOGENES, en la persecucion de Diocleciano, padeciendo diversos tormentos alcanzó la palma del martirio. (El motivo de su martirio fué el siguiente: Estaba encargado Victor, que era oficial militar, de custodiar unos cristianos que debian ser martirizados; les proporciona la fuga y luego se presenta al prefecto, le confiesa su accion, y le declara que él mismo es discípulo de Jesucristo. Al dia siguiente fué condenado á ser degollado juntamente con sus dos hermanos, que se presentaron pidiendo ser asociados al martirio, muriendo los tres en Mérida el 21 de agosto del año 303.)

LAS SANTAS MÁRTIRES NICETA Y AQUILINA, en Lysia, que se convirtieron á Jesucristo por la predicacion de S. Cristóbal mártir, y fueron degolladas por la fe.

LOS SANTOS MÁRTIRES MENEO Y CAPITON, igualmente.

SAN URSICINO, obispo y confesor, en Sens.

SAN FRANCISCO SOLANO, confesor, del orden de los Menores, en Lima en el Perú, esclarecido en las Indias occidentales por su predicacion, virtudes y milagros: murió en el Señor el dia 14 de julio y fué canonizado por el papa Benedicto XIII. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN FRANCISCO SOLANO, CONFESOR.

Nació este siervo de Dios en Montilla, ciudad de Andalucía, del marquesado de Priego en el obispado de Córdoba, á 10 de marzo del año de 1549, diez y seis de Paulo III y treinta y tres del imperio de Carlos V. Fuéron sus padres Mateo Sanchez Solano, y Ana Jimenez, distinguidos en el país por su piedad. Destinado de Dios para ilustrar con el esplendor de sus virtudes, y con la luz de la predicacion evangélica una gran parte de la América meridional, y para ser otro de los muchísimos héroes que ilustran la sagrada orden de S. Francisco de Asis, desde su mas tierna edad fué tan modesto que su presencia bastaba para estorbar á los otros jóvenes cualquiera accion menos decente. Esmeráronse ciertamente sus padres en darle una educacion cristiana; pero como se hallaba asistido con los mas especiales auxilios de la divina gracia, que en él parecia obrar mas que la naturaleza, costóles poco trabajo conseguir el fruto de sus de-

seos; su natural dulce, afable y benéfico, su corazon noble, dócil y generoso, la sublime idea que concibió de Dios, el sumo horror al pecado, su inclinacion natural á la virtud, con un afecto muy particular al retiro; la distraccion total de las diversiones propias de la niñez, el gusto y complacencia que manifestó desde luego á los ejercicios de piedad, y sobre todo la cordalísima devocion que profesaba á la Santísima Virgen, con cuyo escudo, con la modestia, mortificacion y fuga de las ocasiones, conservó siempre inviolable la pureza, hicieron conocer á sus padres que en él disponia la divina Providencia uno de aquellos héroes con que en algunos siglos favorece el Señor á su Iglesia.

Instruido en los primeros rudimentos, le aplicaron á los estudios en el colegio de la Compañía de Jesus de su patria; y como se hallaba dotado de un vivo y perspicaz ingenio, acompañado de una madurez de juicio muy esceso á sus años, en breve tiempo hizo admirables progresos en las ciencias; y se concilió el amor de sus maestros con el de sus condiscípulos, mirando todos en él un modelo de todas las virtudes cristianas; distinguiéndose ya en aquella corta edad en la particular gracia de componer las discordias, á virtud del amor que manifestó desde luego á la paz, tan recomendada por Jesucristo. Persuadido Francisco que el tiempo de los estudios es ocasionado á resfriar el fervor, tuvo gran cuidado de prevenir este escollo con precauciones piadosas, frecuencia de sacramentos, continua oracion, rígidas penitencias; valiéndose de la industria para macerar su cuerpo en las horas que dejaba el estudio, de cavar en un huerto de su padre, recreando el ánimo con cánticos devotos, por cuyo medio elevaba á Dios sus cordiales afectos.

Aunque nuestro Santo tenia grandes talentos, y nobles disposiciones para seguir la carrera de las letras, con todo era mayor su inclinacion al retiro; pues el deseo de atender únicamente, libre de los impedimentos del mundo, al importante negocio de su salvacion eterna, tuvo para él mas atractivo que todo. Animado de estos deseos, le inspiró Dios anhelase á la cumbre de la perfeccion en la soledad del claustro, y siguiendo vocacion tan acertada, vistió el hábito de la Regular Observancia Franciscana en el convento de Recoleccion de Montilla, su patria, en el año 1569, cuando contaba veinte de su edad.

Apenas vistió el sayal de los menores Francisco, comenzó á manifestar á todo el claustro las virtudes de que ya en el siglo

dió tan evidentes pruebas. Su profunda humildad, su ciega obediencia, su pureza angélica, su modestia singular, su continuo silencio y extraordinarias mortificaciones, además de las que por constitucion se practican en la Observancia recoleta, hicieron conocer á todos los religiosos el fervoroso zelo y el veloz curso con que corria, sino volaba el novicio en el camino de la perfeccion. El crucificaba su carne con sangrientas disciplinas y rigurosos ayunos, mostrándose tan admirable en la abstinencia, que excepto de las fiestas solemnes, y esto por precepto de su maestro, no comia carne, pesca, ni lacticinios; en los viernes no probaba manjar alguno cocido; en la cuaresma y en las ferias segunda, cuarta y sexta de la semana solo usaba de pan y agua. Además de esto traia bajo el hábito un áspero cilicio asido á su delicado cuerpo, al que daba un brevísimo descanso en un durísimo lecho, con un leño por cabecera. Persuadido que á todas estas mortificaciones y otras virtudes monásticas daria el lleno que apetecia el ejercicio que facilita el comercio con Dios, se entregó de tal modo á la oracion, que no satisfecho con las horas que invertia la comunidad en ella, cuando descansaba ésta, despues de disciplinarse cruelmente, pasaba muchas noches hasta romper el dia anegado en dulces contemplaciones.

Hizo su solemne profesion con las supuestas preparaciones; y formando empeño en imitar la vida del seráfico Patriarca, salió una copia viva en todo parecida al original. Ya profeso, no dejó las virtudes que comenzó en el noviciado, antes bien las perfeccionó en el discurso de su religiosa carrera, sin que jamás se disminuyese en él el fervor con que la emprendió. Envióle la obediencia á estudiar filosofia al convento de Sta. Maria de Loreto de la misma Recoleccion, distante de Sevilla tres leguas, y aunque en él habia sobranes celdas, hizo para sí una pobre y humilde habitacion de cañas en un ángulo cerca de las campanas, donde pasaba los dias y las noches alternando en el estudio y en la oracion, por cuyo conducto, mas que por su aplicacion, adelantó maravillosamente en las ciencias; la misma práctica observó en el estudio de la sagrada teología, logrando por estos medios dejarse ver á un mismo tiempo docto, santo, sabio y perfecto.

Recibió el órden sacerdotal á virtud de un precepto espreso de su superior, bajo el supuesto de su resistencia humilde á tan alta dignidad, confesándose indigno para ella; y celebró el primer sacrificio en el dia del seráfico Patriarca con tanta ternura, con tanta devocion y con tantas lágrimas, que dió á conocer á los asistentes el respeto y amor en que se hallaba abrasado su

corazon para con aquel Señor que ofrecia al eterno Padre. Descubrió una dulce, clara y sonora voz, y creyéndole á propósito para vicario de coro, desempeñó el empleo con la puntualidad, zelo y vigilancia que exige la celebracion de los oficios divinos. No le detuvo la religion mucho tiempo en aquel ministerio; pues persuadida que el espíritu de Francisco alentaria á otros con su fervor, á que con él emprendiesen la carrera de la perfeccion, le destinó la obediencia para maestro de novicios en el convento de Arrizafa, media legua distante de la ciudad de Córdoba. Convencido que el ejemplo es leccion mas eficaz que las palabras para escitar á los jóvenes, siguiendo esta idea, renovó con nuevo aliento los santos ejercicios de oracion y mortificaciones, en términos, que á la vista de un tan espresivo espejo, bajaban sin pereza los novicios en adquirir la perfeccion á que eran llamados. Pasó con el mismo oficio al convento de S. Francisco del Monte, santuario muy devoto fundado á cinco leguas de Córdoba entre unos montes muy espesos que van á parar á la Sierra Morena, sitio muy proporcionado por el retiro del comercio del siglo para la quietud que el Santo apetecia; y se entregó de tal modo á la contemplacion de las verdades eternas, que llegó al alto grado de la mas íntima union con Dios. Con no menos fervor redobló sus penitencias, haciéndole el deseo de imitar á su seráfico Patriarca el que se arrojase en una ocasion desnudo á un monton de espinas, revolcándose en ellas hasta herir enteramente su cuerpo.

Hiciéronle guardian del mismo convento á pesar de su humilde resistencia; y viéndose en el empleo de superior, aplicó todo su esfuerzo en conservar en su rigor primitivo la regla de S. Francisco; siendo el primero que salia con la alforja á pedir de puerta en puerta como verdadero mendicante. Sus ayunos, viglias, perpetua asistencia al coro, y asombrosas penitencias, eran las lecciones con que instruia á sus súditos, portándose para con todos con tanta afabilidad y admirable discrecion, que les reducia gustosísimos al yugo de la obediencia; de suerte, que esmerándose cada cual en imitar á su santo padre, vino á ser el convento un seminario de santidad, y una voluntaria cárcel de reclusion, llegando á ser el asunto de la admiracion y la materia de los mas altos elogios. El vasto y apostólico zelo de Francisco no podía estrecharse dentro de los muros del monasterio, y habiéndole dotado el cielo de un talento extraordinario y singular elocuencia, salia á predicar la palabra de Dios, haciendo portentosas conversiones en Villafranca, en el Carpio, Montoro y otros pueblos vecinos, en los cuales era oido como un

apóstol en quien no predicaba menos la vida que la doctrina, volviendo de no pocas de ellas, concluida la mision, en ayunas al convento, en observancia de la ley de abstinencia que se impuso cuando novicio.

Al cabo de poco tiempo fué enviado al convento de la Recoleccion de S. Luis el Real en la Zubia de Granada, una legua de la ciudad. Recibiéronlo allí como ángel del cielo por las nuevas que tenian de su gran virtud, de la cual fué dando muy esclarecidos ejemplos; especialmente en los hospitales y en las cárcelés de Granada hizo tales obras de misericordia con los presos y enfermos, que muy en breve se granjeó la veneracion pública. Pero ofendia tanto á la profunda humildad de Francisco la estimacion que hacian todos de su persona, á pesar de las industrias de que se valia para disminuir este general concepto, que agregados á este sentimiento los vivisimos deseos de padecer martirio, pidió repetidas veces licencia á sus superiores para pasar al Africa á anunciar á los infieles la fe de Jesucristo; pero aunque se la negaron siempre, no desistió de su propósito. Mandó el rey Felipe II á los prelados de la religion de san Francisco, que enviasen operarios á las Indias, á fin de ilustrarlas con la luz del Evangelio; y conociendo nuestro Santo ser esta la ocasion favorable para cumplir sus deseos, partió con los misioneros apostólicos á las regiones de América, habiéndose despedido de su buena madre, y de sus hermanos y deudos, y de todos los lugares donde habia predicado, exhortándolos de nuevo al temor de Dios con ardiente espíritu. Embarcóse el año 1589 en la armada en que iba por virey del Perú el marqués de Cañete D. García Hurtado de Mendoza.

En el viaje, ni la diversidad ni los ejercicios varios de los navegantes entibiaron la constancia y fervor de su vida: era su oracion profunda, el ejemplo de mucha edificacion; á unos confesaba, á otros exhortaba á que por ningun caso se propasasen á decir ni hacer cosa con que fuese Dios ofendido. Llegado á Cartagena y Panamá, tomó por ejercicio, despues de las obligaciones de la comunidad, ir á los hospitales á visitar los enfermos, á los cuales con muy amorosas palabras consolaba y con todo esmero servia. En Panamá especialmente no tuvo otro refrigerio sino un rinconcito del coro, donde puso un seron de esparto que traia muy pobre y un palo por cabecera; sin querer otra celda, pasando en oracion gran parte del dia y de la noche. En una tormenta que tuvo desde Panamá para coger la costa del Perú, encalló la nave entre unos bajíos, y con ser gravísimo el riesgo de perecer en que todos estaban, conside-

rando el santo varon que en ella quedaban mas de ochenta negros bozales de Guinea, muchos de ellos sin ser bautizados, y otra mucha gente puesta en angustia, no quiso como otros saltar en el esquife por salvar la vida; mas menospreciándola por el bien de sus prójimos, contestó al capitán de la nave, que no queria desampararlos en tan manifiesto peligro. Levantó una cruz en las manos, y juntando los negros gentiles, en aquel poco tiempo los catequizó en los misterios de nuestra santa fe, y asegurado de que deseaban recibir el bautismo, los bautizó; y luego abriéndose la nave se ahogaron muchos de ellos, quedando el siervo de Dios sobre un pedazo del barco por espacio de tres dias confesando y consolando á la gente que en él quedaba: al cabo de los cuales como por milagro los pudieron sacar de allí sin daño ninguno. Despues de varios trabajos que pasaron en un despoblado adonde fueron á parar, siguieron su viaje hasta desembarcar en Payta, de donde pasó nuestro Santo á Lima. Desde luego comenzó á predicar en aquella ciudad con gran fruto. De Lima dirigió su rumbo á las vastas provincias de Tucuman, á satisfacer el zelo apostólico que ardia en su corazón por la salvacion de las almas. Setecientas leguas caminó á pié por lugares incultos, ásperos y escabrosos, por rápidos y profundos rios, y por millones de peligros hasta llegar á aquellas regiones bárbaras, en que habia poco tiempo que comenzó á brillar la luz de la fe; á virtud de la predicacion de Fr. Alonso de San Buenaventura, observante de la provincia de Andalucía, y Fr. Luis de Bolaños. De estos países dilatados, recibió nuestro Santo la mision como los apóstoles; con los mismos sentimientos, con el mismo ánimo, con la misma sed á padecer, con el mismo fervor, con el mismo ardor y con el mismo zelo entró en aquellas islas desiertas, y aquellos pueblos idiotas, que no le ofrecian en toda su estension sino hambre, sed, con infinitos trabajos, persecuciones y evidentes riesgos de perder la vida, pero no acobardaron la valentia de su espíritu, antes bien escitaron de nuevo al zeloso operario del Padre de familias, á que sacrificase su actividad en el cultivo de aquella montuosa viña, que vino á ser por su infatigable ardor una de las posesiones mas floridas de la Iglesia. Seria necesario un volumen entero para referir una parte de sus trabajos, de las conversiones, y de los prodigios que obró este santo Apóstol en aquel vasto mundo.

Comenzó su mision, y para hacer que el cielo derramase sus bendiciones sobre una tan difícil empresa, pasaba en oracion la mayor parte de la noche, dejándose ver no pocas veces pos-

trado con la boca en tierra, en forma de cruz, pidiendo al Señor auxilio para hacer guerra á los vicios radicados entre los bárbaros. Consideró preciso instruirse en los difícilísimos idiomas de aquellas gentes, y lo consiguió perfectamente por medios más divinos que humanos; á la verdad que fué cosa digna de admiracion, el que en el corto tiempo de quince dias supiese aquellas confusas y varias lenguas, lo que atribuyeron los bárbaros á arte mágica antes de conocer la eficacia de la divina gracia.

Poseído de este indispensable requisito, animado de aquel santo zelo que constituye el carácter de los varones apostólicos, corria por todas aquellas regiones sin temor á la muerte, llevando hasta las mas remotas la verdad evangélica. No perdona trabajo ni fatiga para sacar de las garras del lobo infernal las errantes ovejas; á todos trataba benignamente, consolaba con dulcísimas palabras en sus aflicciones, aliviaba en sus miserias, asistia en las enfermedades, administrándoles por sí los alimentos y medicamentos; su mansedumbre, su caridad, sus modales agradables, y su modestia ganaban los corazones de todos; la fuerza y unción de sus palabras convertian á los mas rebeldes, y su santidad manifiesta convertia á los pueblos mas indómitos; en fin, sus predicaciones acabaron de hacer la reforma de las costumbres, el uso de los sacramentos se hizo frecuente, y la piedad se estableció en todas aquellas regiones bárbaras.

Además de tan recomendables prendas, daba á su mision la mayor eficacia el ejemplo de su vida admirable, el desinterés apostólico, la vileza de su hábito, la parsimonia de su comida, el rigor de sus ayunos, la austeridad de sus penitencias, y la liberalidad con que invertia en socorro de los pobres cuanto adquiria en el ministerio. Es cierto que para mas crédito de la santidad de Francisco, recomendó Dios con muchos milagros en favor de aquellos naturales la verdad de la doctrina que predicaba.

En cierta ocasion estando celebrando los oficios divinos en el jueves santo, acometió á los fieles una numerosa tropa de bárbaros; amenazándoles con la muerte. Atemorizó el inopinado suceso á los católicos, y saliendo Francisco de la iglesia, sin otras armas que la de la divina palabra, les habló con tal valor y con tal fuerza, que aterrados al oír su voz los enemigos, habiendo oído su predicacion, se convirtieron á la fe mas de nueve mil de ellos; pero con tan repentina mutacion que muchos de los mismos asistieron á los oficios divinos en la misma noche. Creció

desde entonces tanto la fama del siervo de Dios entre aquellas gentes que concurrían innumerables á oír sus sermones, entendiéndolos todos en su propio idioma, hablando Francisco en su lengua, y convencidos de sus discursos, depuesta la ferocidad, se sometían gustosos á la ley del Evangelio. En fin, creció tanto la estimacion del santo Apóstol entre aquellos bárbaros, que lo que no pudo conseguir el rigor de la justicia, ni el temor de las penas, lograba Solano solo con el imperio de su voz, á la que obedecían ciegamente.

Celebróse capitulo provincial en Játiva por aquel tiempo, en el que el Santo fué electo custodio de la provincia de Tucuman, á pesar de sus ruegos, confesándose indigno para el empleo. En la visita que hizo de aquellos conventos, en cuya espedicion padeció muchos trabajos, acreditó con pruebas prácticas el alto concepto que la religion tenia formado de su virtud, á la que se debió una reforma general del claustro; y relevado del cargo á fuerza de sus instancias, se le mandó por obediencia presidiese á la recoleccion que poco antes se habia fundado en Lima. Hizolo Francisco, y fué tal el sentimiento de los indios de Tucuman, que no omitieron súplicas, ni diligencias para que los superiores no separasen de ellos al que veneraban como á su apóstol, y amaban como padre; lloraban á lágrima viva, tenianse por desventurados con esta pérdida, y nunca mas se les borró la memoria de su bienhechor.

Hiciéronle vicario y prefecto del convento de Sta. María de los Angeles de Lima, y no cesaron sus ruegos hasta que le exoneró la religion de un empleo tan repugnante á su espíritu, deseoso de santificarse en las humillaciones, y de vivir en la clase de súbdito, ocupado en las funciones de su apostólico ministerio. Aplicóse á desempeñarle en la misma ciudad, y en los contornos con su acostumbrado zelo, ya predicando, ya confesando y ya ejerciendo obras de caridad. Frecuentemente se presentaba en las calles y plazas de Lima con un Crucifijo en la mano á declamar contra los vicios: no pocas veces animado del divino espíritu entraba en los teatros públicos, y manifestando la misma insignia, movia á todos á un verdadero arrepentimiento. Tambien se empleaba en coloquios privados con las religiosas, en los que encendia el fervor de las esposas de Jesucristo á que aspirasen á la perfeccion de su estado. Aunque en estas funciones lograba Francisco portentosas conversiones, las que perfeccionaba la divina gracia, que siempre acompañaba á su nerviosa elocuencia; con todo penetrado su corazon del mas vivo dolor al ver los pecados y escándalos del pueblo, que provocaba á la justicia divina á los